

TEMAS DEL MOMENTO

LA MUJER COSTARRICENSE

Enmárcamo^s en un cuadro áureo, para reverencia de las caravanas de hombres y mujeres, q' en los tiempos venideros han de cruzar por Costa Rica, la mujer costarricense que se ha sublimado en los días de gloria que viene viviendo la República desde hace una semana.

No se puede decir de la mujer, ni siquiera que está cumpliendo un deber. No goza de derechos civiles, no se le puede exigir deberes civiles. Pero hay deberes que los dicta el espíritu, y esos son los deberes que mandan primordialmente en las mujeres.

Es la mujer maravillosa policromía de sentimientos, ánfora delicada de excelsas virtudes, ella es toda abnegación; vive en perpetua dación del contenido precioso de su alma, de donde solo puede exhalarse magníficas inspiraciones para el hombre.

El hombre sólo, nada hubiera hecho en su determinación de resistencia. Era necesario la dichosa presencia de la mujer, alentando, compartiendo las vicisitudes de la lucha, para que ésta luzca coronas de victoria, laureles de triunfo.

Hemos admirado a la mujer en su fervorizamiento patriótico, en su fé cívica, tan sentida, para ir haciendo apostolado de redención, comunicando una fortaleza augusta inquebrantable, en el compañero. Imbuída de una mística ardiente, ha vivido con esa inmensa y sutil perspicacia femenina — donde está la justicia, quienes la poseen. Por ese don de infalibilidad, nato en la mujer, ha dado esa unanimidad de la mujer costarricense, dando su amo-

rosa ayuda al movimiento de positividad nacional. Porque la mujer en todo pone amor y pasión, a cuyo conjuzo se realizan las grandes hazañas.

No en vano ligeramente se dirima que se busque la mujer en cada acontecimiento.

Está ella presente, tímidamente en la sombra, o plenamente a la luz del sol, en la historia de la humanidad, pero siempre, realizando su misión de trascendencia.

Es la mujer, amable sedante, fresco y umbroso oasis en el tráfigo calcinante de la existencia. Irradia luz a raudales, señalando rutas de bien, con su consejo atinado. Aplaca tempestades, silencia truenos, detiene torbellinos, convierte el huracán en brisa, y al toro en oveja, toda con la tersura de su verbo, con la sedosa ternura de sus manos taumatúrgicas.

Ella es paz y consuelo.

Pero también, cuando la paz, deja de ser felicidad para ser vergonzante, ella se alza soberbia, en ira celestial, en protesta la más bella, y la más justa, y en justicia pura, y reclama lo que niega en execrable injusticia. Ella es capaz de trastornar el orden cósmico, persiguiendo remedio a una aflicción.

Cuando los bronceos anunciando el triunfo, resuenen por los ámbitos del país, habrá de elevarse un pensamiento de gratitud hacia la mujer costarricense, que ha sido principal e inestimable factor de victoria.

Para esa mujer que manteniendo una plegaria, distribuyendo pan, tejiendo una prenda, alcanzó que haría Dios la oyera...